



CAPITULO XXXII

Todavía la buena ventura

Maggy se había sentado junto á la ventana, y la niña Dórrit cosía en el lado opuesto de la habitación, hallándose por lo tanto bastante separadas una de otra. En el patio no se oía ruido apenas, pues los más de los presos habían ido al café, donde se celebraba un concierto; de modo que la prisión estaba silenciosa como pocas veces, si exceptuamos las horas en que sus habitantes se entregaban al sueño.

Cuando Clennam se adelantó para tomar asiento junto á la niña Dórrit, ésta tembló de tal modo, que apenas le fué posible mantener la aguja entre los dedos. Arturo posó la mano suavemente sobre la costura de la joven, diciéndole:

—Querida niña, permítame usted apartar esto á un lado.

La niña Dórrit entregó su labor á Arturo, que la dejó sobre la mesa, y después cruzó una mano con otra; pero Clennam las separó, conservando una entre las suyas.

—Hace tiempo que la veo á usted muy poco, amiga mía—le dijo.

—He estado sumamente ocupada, caballero.

—Sí; pero he sabido esta mañana por casualidad que había usted hecho una visita á esa buena gente que vive junto á la fábrica. ¿Por qué no ha entrado usted á verme?

—Yo... yo, no sé, ó más bien, he temido molestarle, pues creo que tiene usted mucho que hacer.

La niña Dórrit parecía muy agitada, y apenas se atrevía á mirar á Clennam, quien la contemplaba con tanta inquietud como ternura.

—Hija mía—dijo,—su conducta ha cambiado mucho.

La joven costurera, no pudiendo ya dominar su emoción, retiró suavemente la mano para cruzarla con la otra y dejó correr sus lágrimas.

Maggy volvió de pronto la cabeza para mirar á su madre-cita, pero no intervino.

—Mucho me aflige verla llorar—dijo Arturo después de una pausa;—mas espero que esas lágrimas, que pesaban en su corazón, le servirán de alivio.

—Sí, caballero, me alivian mucho.

—Vamos, cálmese usted, hija mía; ya pensé que daría demasiada importancia á lo que acaba de pasar aquí; pero eso no vale la pena, y sólo siento que se deba á mi visita importuna: bórrese el recuerdo con esas lágrimas.

La niña Dórrit, más tranquilizada, pudo contestar con su acento acostumbrado:

—¡Es usted tan bueno!... Pero aunque no hubiese en lo que ha pasado ningún otro motivo de queja, ¡semejante ingratitud...!

—¡Chitón!—exclamó Clennam, poniendo suavemente su mano sobre los labios de la niña Dórrit;—no hablemos más de eso. ¿Deberé recordarle que no soy ni he sido nunca más que el amigo á quien ofreció usted conceder toda su confianza? ¿Recuerda usted esta promesa?

—Procuró no olvidarla; mas espero que usted tendrá presente cuál ha sido la educación de ese pobre muchacho aquí, para no juzgarle severamente.

Al pronunciar estas palabras, la costurera miró á su interlocutor con más atención que hasta entonces, y preguntóle, cambiando de tono rápidamente:

—¿No ha estado usted enfermo, señor Clennam?

—No.

—¿Ni disgustado, ni afligido?—añadió la joven con inquietud.

Arturo vaciló un momento en contestar.

—A decir verdad—replicó al fin,—he tenido algunas penas, pero ya se acabó: ¿se conoce acaso en mis facciones? Yo debería tener más dominio sobre mí mismo, y he de tomar algunas lecciones de usted, niña Dórrit, pues nadie podría enseñarme mejor la paciencia.

Clennam no pensó que la joven reconocía en sus facciones las huellas de un sufrimiento que nadie hubiera podido descubrir; no pensó que no existían en el mundo otros ojos capaces de mirarle con la misma penetración.

—Esto me conduce—añadió Clennam,—á lo que deseaba decirle; no debo enojarme contra mi semblante si me hace traición; y además, tengo el mayor gusto en hacer una confidencia á mi querida niña Dórrit. Permítame pues confesarle que, olvidando mi gravedad y mis años, olvidando que el tiempo de amor ha pasado para mí en el largo período de monotonía y disgustos que ha constituido mi existencia en un país lejano... he llegado á figurarme que amaba á alguien.

—¿Alguna persona que yo conozco?—preguntó la niña Dórrit.

—No, hija mía.

—¿No es la señora que me ha tratado con tanta bondad por recomendación de usted?

—¿Flora? No, no. ¿Ha podido usted pensar...?

—Nunca lo he creído del todo—interrumpió la niña Dórrit, pareciendo que se contestaba á sí misma.

—Pero al fin—prosiguió Arturo (la idea de que ya se hacía viejo y de que le era forzoso renunciar á las ternezas de la vida parecía renacer en Clennam en aquel momento.)—he acabado por reconocer mi error; esto me ha hecho reflexionar un poco, y ahora soy más juicioso, después de contar mis años y pensar en lo que soy. He mirado atrás y adelante; he visto que mi cabello no tardaría en encanecer; he visto que había franqueado la pendiente de la colina, llegado á la cumbre y empezado á bajar rápidamente...

¡Qué agudo dolor ocasionaba Clennam con estas palabras á la pobre joven, aunque su intención era sólo consolarla!

—He visto—prosiguió Clennam,—que había pasado para siempre el día en que todas esas cosas hubieran sido buenas y muy gratas para mí.

¡Oh! ¡si Clennam hubiese sabido de qué modo laceraba en aquel momento el fiel corazón de su niña Dórrit!

—Todo eso ha concluído para mí—dijo Clennam,— y por lo tanto no quiero pensar más en ello; pero, ¿por qué he hablado de estas cosas á mi niña Dórrit, refiriéndole mis años, y recordando así que le dobló la edad?

—Porque tiene usted confianza en mí—contestó la joven,— porque sabe que su tristeza me aflige, y que su dicha ó su desgracia me afectan, pues debo estarle muy agradecida.

Arturo pudo observar que la voz de la joven era temblorosa, que sus ojos revelaban sinceridad, que estaba poseída de la mayor agitación, y que sólo faltaba que sus labios pronunciasen las palabras «¡porque le amo!»; pero Clennam no sospechó ni un solo instante la verdad. Sólo vió en la niña Dórrit una joven agradecida, una joven endeble de cuerpo, pero dotada de valor heróico: la luz que iluminaba á sus ojos la historia doméstica de aquella niña impedíale ver otra cosa.

—Mi posición y edad—continuó Arturo,—son las más propias para que usted me admita como consejero y confidente, sin manifestar timidez alguna con un amigo de mis años. ¿Por qué se ha mantenido, pues, apartada de mí tanto tiempo?

—Porque aquí estoy mejor que en ninguna otra parte, y porque éste es el lugar que me corresponde.

—Ya me lo dijo usted el otro día en el Puente, y después he pensado mucho en ello. ¿No tiene usted algún secreto que confiarme?

—¿Un secreto? No—contestó la niña Dórrit con cierta turbación.

Arturo y la niña Dórrit hablaban en voz baja; Maggy volvió de pronto la cabeza, y esta vez llamó á su madrecita.

—¿Qué ocurre, Maggy?—preguntó la joven.

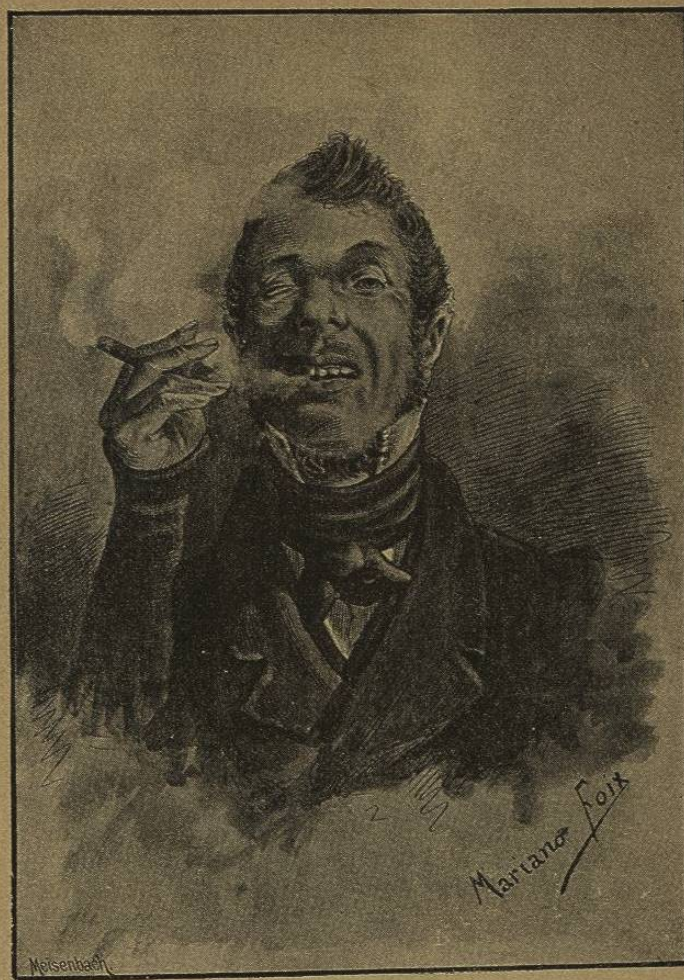
—Si no tiene usted ningún secreto que confiarle—repuso la buena mujer,—dígame usted cuál era el de la princesa; ya sabe que *ella* tenía uno.

—¿La princesa tenía un secreto?—preguntó Clennam sorprendido.—¿Quién era esa princesa, Maggy?

—Yo no quiero decir que la princesa tuviera un secreto; era la otra, la mujercita que hilaba.

Arturo miró á la niña Dórrit como pidiéndole una explicación, y vió sus mejillas teñidas de vivo rubor; pero la joven se limitó á decirle que Maggy hablaba de un cuento, demasiado ridículo para atreverse á repetirlo.

Arturo, sin pensar más en el secreto de la princesa, reanudó



Pancks.

su conversación, rogando á la niña Dórrit que le viese más á menudo, pues no podría encontrar otra persona que se interesase tanto por ella.

—Querida niña—añadió, en voz tan baja que Maggy no hubiera podido oírle, y cogiendo su mano;—hace largo tiempo que deseo hablarle, y he buscado muchas ocasiones para ello. Quería decirle que no debe temerme, pues por mis años podría ser su padre ó su tío; y que sólo ha de ver en mí un anciano. Ya sé que todo su interés se concentra en esta habitación, y que nada la inducirá á dejar de cumplir aquí con sus deberes; á no estar seguro de ello, habría rogado á su padre me permitiese colocarla en otro lugar más conveniente; pero tal vez tenga usted algún día un interés fuera de aquí, lo cual no sería incompatible con sus afectos de familia.

La niña Dórrit, que estaba muy pálida, movió la cabeza silenciosamente, murmurando:

—¡No, no, no!

—Pero si esto llegase á suceder—continuó Clennam,—dígame usted, hija mía; confieme la verdad y muéstreme la persona que mereció su cariño, pues entonces podré prestarle un verdadero servicio con todo el celo, toda la amistad y el respeto que me inspira.

—¡Oh! gracias, gracias; se lo agradezco mucho, ¡pero no llegará este caso!

La pobre Amy pronunció estas palabras mirando á su interlocutor fijamente, y con el mismo acento de resignación.

—No insisto—añadió Clennam,—para que me haga usted ninguna confidencia en este momento; todo cuanto le pido es la promesa de fiar en mí sin vacilación alguna.

—¿Podría hacer menos, siendo usted tan bondadoso?

—Entonces espero que confiará usted completamente en mí, sin ocultarme ninguna inquietud ó disgusto secreto.

—Muy poca cosa le ocultaría á usted.

—Pero ¿me oculta usted algo hoy?

La niña Dórrit movió la cabeza en ademán de negación, pero estaba muy pálida.

—Cuando me acueste esta noche—añadió Clennam,—y mi pensamiento vuele á esta triste morada, como sucederá seguramente, ¿podré creer que mi querida niña Dórrit no tiene ningún pesar, fuera de esta habitación y de los que suelen ocuparla generalmente?

La joven se aprovechó vivamente del doble sentido de estas palabras para contestar con resolución:

—Sí, señor; puede usted creerlo así.

En aquel momento oyóse crujir bajo un paso rápido la vistosa escalera, que así anunciaba siempre la llegada de alguno; poco después se percibió el rumor de pasos precipitados y llamaron á la puerta.

Antes de que Maggy tuviese tiempo de abrir, Pancks apareció en el umbral, sin sombrero, y con aire tan trastornado, que llamó la atención de todos; llevaba un cigarro encendido entre los dedos, y fijando su mirada en Clennam y la niña Dórrit, dijo con una entonación singular:

—Pancks el bohemio dice la buena ventura.

Al pronunciar estas palabras, el agente produjo un ronquido, según su costumbre, sin dejar de mirar de una manera extraña á la niña Dórrit y á Arturo. Pancks no parecía en aquel momento el *factotum* de su venerable propietario, sino el dueño de la prisión de la Mariscalía y de todos los presos y carceleros. En medio de su alegría, llevóse el cigarro á los labios (reconociase desde luego que Pancks no era fumador,) guiñando el ojo derecho, y trató de repetir, porque el humo le sofocaba, su frase favorita: «Pa...anck el bo...he...mio dice la buen...a ven...tura.»

—Estoy pasando la velada con aquella gente—añadió después de una pausa;—acabo de cantar, y he servido de contralto en no sé qué pieza; no entiendo de música, pero esto no importa cuando se sabe gritar bien.

Clennam creyó al principio de Pancks el bohemio había abusado de la bebida; mas no tardó en reconocer que si bien la cerveza entraba por algo en la emoción del agente, la causa principal no provenía de ningún exceso.

—¿Cómo está usted, señorita Dórrit?—preguntó Pancks.—He pensado que no llevaría usted á mal que subiese á informarme de su salud; y como el Padre me ha dicho que el señor Clennam estaba aquí, aprovecho esta ocasión para saludarle al mismo tiempo. ¿Cómo va, caballero?

—Muy bien, gracias—contestó Clennam;—¡me alegro mucho de verle tan alegre, señor Pancks!

—Lo estoy más que un pez en el agua, caballero; pero sólo puedo disponer de un minuto, pues no quiero que nadie eche de ver mi ausencia.

Los ojos negros del agente brillaban como carbunclos, y hasta parecía que su enmarañado cabello estaba impregnado de electricidad.

—Parece que tenemos aquí una sociedad muy distinguida—dijo después de una pausa.—¿No es verdad, señorita Dórrit?

La joven tenía casi miedo al agente y no supo qué contestar; mientras que Pancks hacía una señal á Clennam.

—Nada importa su presencia, señorita Dórrit—dijo;—hemos acordado que aparentaría usted no conocerme delante de los demás, pero esto no alcanza al señor Clennam, porque es de los nuestros; sépalo usted desde ahora, señorita Dórrit.

La agitación de Pancks parecía comunicarse rápidamente á Arturo, y la pequeña costurera observó, no sin asombro, que cambiaban señales de inteligencia.

—Yo había comenzado á decir alguna cosa—añadió Pancks, —pero no recuerdo qué era... ¡Ah! sí... decía que hoy tenemos aquí muy buena sociedad; y yo obsequio á todo el mundo, ¿no es verdad, señorita Dórrit?

—Es usted muy generoso—contestó la joven, observando que Pancks hacía otra señal á Clennam.

—Nada de eso—repuso el agente;—no vale la pena hablar del asunto. El hecho es que voy á entrar en posesión de mis bienes, y que puedo permitirme ser generoso. Me propongo ofrecer un festín de Baltasar á todos los presos. ¿No le parece á usted bien, señorita Dórrit?

La joven se había turbado de tal modo al observar el proceder de Pancks, ó más bien, asombrábase tanto ver que Arturo parecía comprender sin dificultad el sentido de las palabras del agente, que sólo pudo mover los labios, sin articular una sílaba.

—A propósito—añadió Pancks,—ya recordará usted, señorita Dórrit, que he prometido decirle lo que había en su mano... Ya lo sabrá pronto, hija mía. Y usted, señor Clennam, sin duda no ha olvidado que cierto día hicimos un convenio, asegurándole yo que no faltaría á mis compromisos. Si quiere usted salir un instante conmigo, verá cómo sé cumplir mis ofertas, Señorita, que usted pase buena noche; le deseo toda clase de felicidades.

Y después de estrechar dos veces la mano de Amy, Pancks bajó rápidamente la escalera, produciendo resoplidos más fuertes que nunca. Arturo le siguió tan presuroso, que en poco estuvo no hacerle caer al llegar al último peldaño.

—¿Qué ocurre, en nombre del cielo?—preguntó Arturo cuando los dos estuvieron fuera.

—Permítame usted un momento; es preciso que conozca usted á mi compañero Rugg... allí está.

La presentación se efectuó del modo acostumbrado, y una vez cumplida esta formalidad, los tres hombres se dirigieron hacia la bomba del agua, á invitación de Pancks, que poniendo la cabeza debajo del caño se administró una copiosa ducha secándose después con su pañuelo.

—Esto refresca las ideas—dijo entonces á Clennam, que le contemplaba con asombro,—y no debe usted extrañar mi conducta. Cuando uno sabe lo que nosotros sabemos, y oye discursos como el que acaba de pronunciar el Padre de la Mariscalía, y ve á la señorita Dórrit alojada en mísera habitación y tan pobremente vestida, palabra de honor que hay para...

Sin acabar la frase, Pancks dió un brinco como un escolar (¡quién hubiera podido suponerle capaz de semejante cosa!), y acercándose luego á Clennam, sacó de su bolsillo un rollo de papeles, mientras que el señor Rugg presentaba otro.

—¡Espere usted!—dijo Clennam en voz baja.—¿Se ha descubierto alguna cosa?

—Un poco—contestó Pancks con fingida humildad.

—¿Compromete á alguien ese descubrimiento?

—¿Qué entiende usted por ello?

—¿Se trata de un fraude ó de alguna injusticia?

—Nada de eso.

«¡Dios sea loado! se dijo Clennam.» Y añadió en voz alta:

—Pues ahora, puede usted hablar.

—Sabrá usted, caballero—dijo Pancks, desenrollando unos papeles,—que esto es... ¿Dónde está la genealogía, señor Rugg, el documento número cuatro?... ¡Ah! éste ¡muy bien! Ahora podemos marchar. Pues sabrá usted que hoy estamos «virtualmente» en regla, y que lo estaremos «legalmente» de aquí á dos días... pongamos una semana, que esto importa poco. Hemos trabajado día y noche, no sé cuanto tiempo. ¿Lo sabe usted, caballero?... No importa... no diga nada, pues no haría más que embrollarme, señor Clennam. Puede usted comunicar la noticia á su protegida, pero no antes de que le hayamos autorizado para ello... ¿Dónde está el total aproximado, señor Rugg? ¡Bueno! esto es. ¡Lea usted, caballero! He aquí lo que deberá participar á la señorita Dórrit... he aquí la suma que corresponderá al Padre de la Mariscalía.



CAPITULO XXXIII

La queja de la señora Merdle

La señora Gowan, no pudiendo resistir más tiempo á los decretos de un destino inexorable, resignóse á hacer de tripas corazón y aceptar el parentesco con aquellos *Miggles* que tanto desdenaba. Apeló, pues, á toda la filosofía que desde su entrevista con Arturo había juzgado necesaria, y consintió generosamente en no oponerse al casamiento de su hijo. Es probable que la dama se atuviese á tres consideraciones políticas, fuera de su amor maternal, para fijarse en tan prudente resolución.

La primera de ellas era que su hijo no había manifestado nunca la menor intención de pedirle su consentimiento; la se-

gunda, que Enrique, cuando se hubiera casado con la hija única de un hombre bastante rico, dejaría naturalmente de ser gravoso á su madre, disminuyendo la pensión que la patria reconocida le había señalado por mediación de un Barnacle; la tercera, que estaba entendido que las deudas de Enrique serían satisfechas por el suegro al pie del altar. Teniendo en cuenta estas tres razones la señora Gowan se apresuró á dar su consentimiento, cuando supo que el señor Meagles había otorgado el suyo, después de oponer largo tiempo con su negativa el único obstáculo á la boda.

Sin embargo, la señora Gowan supo conservar su dignidad individual y la de los Barnacle, repitiendo entre todos sus parientes y conocidos, que la boda era un asunto desgraciado, y que Enrique debía estar sometido á una verdadera fascinación para contraer tan desproporcionado enlace. La buena señora aparentó creer que era ella quien se sacrificaba, y no su hijo; y cuando le fué presentada por Enrique su futura nuera, díjole al abrazarla:

—Hija mía, ¿qué ha hecho usted á Enrique para hechizarle?

En aquella ocasión, la dama dejó escapar algunas lágrimas, que cual pequeñas píldoras líquidas corrieron por su nariz, bañando el cosmético que constituía su color... manera delicada, pero sensible, de probar hasta qué punto sufría en su interior, á pesar de la calma aparente con que parecía someterse á tan ruda prueba.

Entre los amigos de la señora Gowan figuraba en primer término la señora Merdle, á la cual se propuso visitar desde luego, para recibir de esta dama el pésame con motivo de la desgraciada boda en que había sido forzoso consentir. Al efecto se dirigió á la ciudad en uno de esos pequeños vehículos de un caballo, que el público irreverente llamaba entonces caja de píldoras, y que un alquilador proporcionaba á precios equitativos á las damas antiguas de Hampton-Court.

La señora Merdle estaba en casa meciéndose en su nido de oro y plumas junto á su loro, que desde lo alto de la percha contemplaba á su ama, creyendo tal vez que era una magnífica cotorra de gigantesca especie.

La señora Gowan fué recibida afablemente por la dueña de la casa, y después de haber hablado de varias cosas indiferentes, la visitante se lamentó de la desgraciada boda de Enrique, rogando á la señora Merdle que manifestara su parecer sobre el asunto.

La dama, después de contemplar un instante el blanco seno

que tanto admiraba la sociedad, asegurándose de que todas las alhajas estaban en su sitio, contestó reposadamente:

—Cuando un hombre se casa, amiga mía, la sociedad exige que el matrimonio aumente su fortuna, que el casamiento sea cuestión de dinero, para que pueda sostener un tren lujoso. De lo contrario, la sociedad no le reconoce el derecho de casarse... ¡Cállate, Jacquot!

El loro acababa de exhalar un grito agudo, como para dar por terminado esbe exordio de su ama.

—Usted no desconocerá—repuso la señora Gowan,—que la situación del país es hoy día deplorable... esas desgraciadas concesiones de Juan Barnacle lo han echado todo á perder... y de consiguiente nada de extraño tiene que yo sea tan pobre como...

—Una rata de iglesia—añadió la señora Merdle.

—No—replicó la de Gowan,—pensaba en otro pobre, en Job, pero poco importa la comparación; lo que yo quisiera principalmente es conocer la opinión de usted sobre la boda de Enrique.

—Sin duda parece mezquino é interesado preguntar cuál es el dote que la señorita llevará al joven—replicó la señora Merdle;—pero tal vez la sociedad haría lo mismo, amiga mía...

—Según lo que me han dicho, me creo autorizada á dar por sentado que se pagarán las deudas de Enrique.

—¿Son muchas?

—Sí... bastantes.

—Ya adivino la cifra, porque casi siempre es la misma—repuso la señora Merdle con tono de indiferencia.—Me parece muy bien.

—Y el padre les señalará un pensión de trescientas ó cuatrocientas libras esterlinas al año, lo cual, en Italia...

—¡Ah! ¡van á visitar la Italia!

—Enrique quiere estudiar... esto no debe extrañarle á usted, amiga mía... esas viles Bellas Artes...

—Justo—interrumpió la señora Merdle, para evitar á su desconsolada amiga una confesión penosa.—Pasemos adelante.

—Al morir los padres—continuó la señora Gowan,—presumo que habrá alguna cosa más; pero dudo que Enrique pueda tocar nunca al capital... en cuanto á esto, parece que los padres son capaces de vivir cien años; aseguro á usted que su aspecto así lo indica.

—¡Vamos, vamos!—dijo la señora Merdle, dejando escapar

un suspiro de simpatía;—usted no tiene la culpa de lo sucedido; es preciso apelar á ese valor moral que le ha valido tan merecida reputación, y sufrir el golpe con paciencia.

—La familia de la joven ha hecho esfuerzos inauditos para cautivar á mi Enrique.

—¡Oh! eso era de esperar.

—He opuesto todos los obstáculos imaginables, sin hallar medio alguno de retraer á mi hijo.

—Nadie dudará de ello, amiga mía.

—Si no he conseguido impedir que Enrique se case con una joven que no pertenece á la sociedad, creo que por esto no se me tachará de mujer débil. ¿Qué le parece á usted?

Por toda contestación la señora Merdle, como gran sacerdotisa de la sociedad, aseguró á su amiga que su conducta merecía los mejores elogios, y que debía considerarse como una heroína por haber salido airosa de tan ruda prueba.

La conferencia de ambas damas se celebraba entre las cuatro y las cinco de la tarde, hora en que el señor Merdle volvía al hogar doméstico, después de terminar sus ocupaciones diarias, que consistían en hacer respetar el nombre inglés en todos los ámbitos del globo civilizado, donde se podían apreciar las gigantescas combinaciones del comercio y del capital. Nadie sabía á punto fijo en qué género de negocios se ocupaba el señor Merdle; pero asegurábase que el dinero se multiplicaba en sus manos. No obstante, á pesar de su brillante posición, el capitalista tenía el mismo aspecto de otro hombre cualquiera, y hasta hubiérase dicho que en el curso de sus vastas transacciones comerciales había trocado por casualidad su cabeza por la de algún sér inferior. El señor Merdle se presentó ante las dos damas después de hacer un rodeo en su palacio para evitar la presencia de su mayordomo.

—Dispensen ustedes—dijo deteniéndose en el umbral de la puerta,—creí no encontrar aquí más que al loro.

Sin embargo, como la señora le dijese que podía entrar, y al ver que su amiga se levantaba para despedirse, el capitalista se dirigió á una ventana, donde pareció quedar absorto en profundas reflexiones.

Había pasado ya un cuarto de hora, cuando oyó la voz de su esposa que le llamaba.

—¿Qué ocurre?—preguntó volviendo la cabeza.

—Lo que hay—repitió la dama,—es que al parecer no ha oído usted una palabra de lo que acabo de decirle. ¿De qué me he quejado yo?

—¿Usted se ha quejado, señora? No sabía que estuviese usted indispuesta.

—No; me quejaba de usted, señor Merdle.

—¡De mí! ¿Qué puedo haber... qué he hecho yo para que usted?... ¿Cuál es, en fin, el motivo?

—Tengo mucha razón en quejarme; pero veo que tanto me sirve hablar á usted como á la pared, y que mejor fuera dirigir la palabra al loro, pues cuando más, contesta con un grito.

—Supongo que no querrá usted que yo grite también—dijo el señor Merdle, sentándose frente á su señora.

—A decir verdad, casi sería preferible esto á verle á usted siempre tan sombrío y taciturno, pues cuando menos sabríamos que se interesa algo en lo que pasa á su alrededor.

—Pero, ¡en nombre de todas las potencias infernales!—gritó el señor Merdle,—dígame usted, señora, si conoce á alguno que haga más que yo por la sociedad. Mire usted esos muebles, mire usted esos espejos... ¿Sabe usted lo que cuesta todo esto, y á quién aprovecha? Pues sólo á la sociedad. ¿Y cómo puede usted quejarse de mí, cuando derramo sobre ella el oro á manos llenas?

—No se arrebate usted, amigo mío, ya sé que hace por ella sacrificios; que recibe á la gente más escogida... y no ignoro quién es la persona que le ayuda en esto, señor Merle. Lo único de que me quejo es de que se muestre continuamente tan taciturno y preocupado con los negocios, como si los llevara consigo á todas partes. Esto me parece algo plebeyo. Hay que pensar un poco en los modales.

—De eso cuidará usted; bastante hago con dar el dinero.

—Está muy bien, y en esto nada tengo que decir; pero no debería usted preocuparse tanto con sus cálculos y combinaciones, ni usar ciertos modales impropios de la sociedad. En este punto será preciso corregirse, señor Merdle.

En aquel momento entreabrióse la puerta, y el joven Edmundo Sparkler asomó la cabeza, como si no se atreviese á entrar; pero su madre le hizo una seña para que se acercara.

—Hijo mío—díjole levantándose con aire majestuoso;—quiero subir á mi cuarto; dame el brazo.

Madre é hijo salieron al punto, dejando al capitalista solo, para que pudiese reflexionar á sus anchas sobre la nueva línea de conducta que debería seguir para hacerse más digno de la sociedad. A fin de distraerse un poco, el señor Merdle se asomó sucesivamente á nueve ventanas distintas, que le

parecieron sin duda tan tristes unas como otras; después bajó al entresuelo para examinar los tapices, con el aire de un hombre que no tiene derecho para estar allí; y como de pronto divisase á su mayordomo, aquel servidor imponente, cuya sola mirada le confundía, huyó presuroso y fué á encerrarse en su cuarto, donde permaneció hasta la hora de ocupar su elegante coche para ir á comer fuera. El poderoso capitalista fué lisonjeado, según costumbre, por las notabilidades del foro y de la banca, que le hicieron todas las cortesías apetecibles; y á media noche volvió solo á su casa para entregarse al reposo.



CAPITULO XXXIV

El banquete de boda

Enrique Gowan y su perro frecuentaban muy á menudo la quinta de Meagles, pues ya se había fijado el día de la boda, acordándose invitar á los Barnacle, á fin de que esta poderosa é ilustre familia comunicase á la unión de los dos jóvenes todo el honor y la brillantez que buenamente se podía dispensar á una cosa tan insignificante.

Reunir á toda la familia de los Barnacle hubiera sido empresa imposible, por la sencilla razón de que no existía una casa bastante grande para contener á todos los individuos y aliados de tan ilustre raza; pero podíase invitar á cierto número, y la señora Gowan se encargó de ello con la mayor actividad. Presentábase muy á menudo en casa de la novia para agregar algún nombre á la lista de los convidados, y celebraba breves entrevistas con el señor Meagles cuando el infeliz no estaba ocupado (por desgracia sucedía esto con harta frecuencia,) en examinar y saldar las cuentas de su futuro yerno.